

El Post-it - Oriana Lamas

La fiesta ha finalizado y me vuelvo para mi casa con los mismos pensamientos con los que he venido. Otra vez él no ha llegado, no ha venido. Lo había prometido aquel día en el descanso del café pero al final no ha aparecido. Que podía esperar de un hombre como él, al final será verdad eso de que tenemos dos vidas totalmente opuestas, pero no me quiero dar por vencida, todavía no es el momento.

Al abrir la puerta vieja de mi céntrico apartamento, un post-it se cae del cerrojo y yo no me doy cuenta. La cabeza sigue dándome vueltas e intento ordenar los muebles en su interior. Una jornada demasiado intensa como para no quedarme dormida en el intento de ver una buena peli con una gran copa de helado de chocolate con virutas de nueces. Me despierto a la mañana siguiente con Pancho relamiendo la copa de mi helado, la tele encendida y yo con un dolor de cuello impresionante por haberme quedado dormida en mi sofá de piel negro de dos plazas.

Una llamada de teléfono me devuelve de nuevo a mi realidad. La fiesta de la noche anterior ha sido un éxito absoluto, incluso mejor que la del año anterior, en esta ocasión han quedado realmente contentos

por la organización del evento de fin de año duplicando el número de invitados, me felicitan por ello una y otra vez. Mi sueldo subirá un pequeño porcentaje a partir del próximo año, con ese incremento me podré costear un escalón más en mi proyecto personal, aunque me sigues faltando tú. ¿Dónde estarás? ¿Por qué no habrás venido? Lo prometiste en la máquina del café reiteradamente, sería la primera vez que nos verían en público, pero ya era hora de hacerlo, de arriesgarse por lo que realmente nos importa a ambos. No tenemos compromiso de ningún otro tipo, que no sea el nuestro propio. El amor que nos procesamos desde el primer azucarillo intercambiado.

¿Pero qué es esto que tengo pegado en la planta del pie? ¡A saber que más ha hecho Pancho en mi ausencia! Este perro cualquier día es capaz de hacerme la colada, no será por las veces que lo he intentado. Busco a mi amigo fiel, le toco la cabecita suave y recuerdo el motivo por el cual he buscado su presencia, cojo el post-it sin apenas mirarlo con la intención de tirarlo, necesito ordenar el desastre de salón que tengo montado, pero el destino quiere que le eche un visual rápido al tipo de letra que firma tras unas señas escritas, una dirección, un lugar que desconozco y tú. Son tus letras, tus palabras, esa marca al final es inconfundible para mis ojos. ¿Cómo

ha podido llegar esto hasta aquí? Es tuyo, es tu letra... el corazón me late descontroladamente, al fin tengo noticias tuyas, o al menos un indicio de ellas. ¿Qué me querrás decir? Únicamente hay una fecha, una hora quizás y un lugar; demasiado misterio para una cita. ¿Será para mí? Quizás la he traído pegada ayer de la fiesta sin darme cuenta, lo único de lo que estoy completamente convencida es que es tu letra, y sea como fuere algo me tienes que contar, o quieres que vea; pues bien, jugaremos al “escondite perdido”, tu juego favorito. La fecha se corresponde al día de mañana, y puedo entender que la hora son las ocho de la tarde en unas coordenadas que nunca he estado, sigo sin conocer. Nerviosa por el descubrimiento que acabo de presenciar en mi propia casa, intento prepararme para la cita. Necesito un GPS decente y actualizado, seguro que encuentro uno a la altura en las próximas horas, será mejor comprar uno y no fiarme de la aplicación que tengo de Android, es posible que me deje colgada y no tengo tiempo que perder. Al fin sabré el motivo de por qué no has venido a la fiesta ayer, puesto que todas las llamadas que te he hecho a tu teléfono siguen sin ser respondidas, sin batería quizás. Ya no me da señal, ni me salta el contestador automático con tu voz.

Al día siguiente, sin pegar ojo durante toda la noche emocionada por no saber lo que me voy a encontrar

en aquel sitio, me monto en mi coche blanco con el GPS instalado con dirección al amor, con dirección a ti, a mi sueño. Demasiadas dudas y propósitos en mi cabeza para ordenarlos antes de salir de casa. Por el camino, en cambio, voy meditando que es lo que realmente estoy haciendo, no te conozco, únicamente hemos compartido cafés en el descanso, unas cuantas cenas, unos cruces en el pasillo, miradas intensas y provocadoras, dos besos... Y ahora una nota con unas coordenadas, y me entrego a ti sin preguntar antes, sin indagar qué es lo que tienes para mí, qué me puedes ofrecer. Imagino que a esto se le llamará amor con una alta dosis de locura.

Llego al lugar que el GPS ha identificado con tu pista. Pero no hay nada, ningún indicio de vida humana anterior, menos mal que he salido con tiempo, y puedo volver a programar el trayecto. Una vez detrás de otra, lo intento, cambio la ruta, actualizo la fecha, salgo del lugar, pero vuelvo al mismo sitio, todos los intentos son en vano, siempre me llevan al mismo punto, en el lugar en el que quieres jugar al escondite no hay nada. No hay nada. Desesperada, cansada, con lágrimas en los ojos por lo que estoy viviendo me quedo dormida programando de nuevo el ordenador de a bordo para un último intento, pasan ya de las nueve de la noche, estoy agotada, pero necesito verte. Quiero saber que estás bien. Lo necesito. Sólo verte.

No mucho tiempo después me despierto de nuevo en mi sofá de piel negro de dos plazas con Pancho relamiendo el helado de la noche anterior. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Un sueño quizás? Miro a mi alrededor y no encuentro rastro de ti, por si me hubieses traído de nuevo a mi casa, por si hubieses estado conmigo esa noche, ni un olor característico, ni ningún color semejante al azul de tus ojos. ¿Dónde estás por favor? ¿Me estoy volviendo loca? O quizás la verdad es que no quiero asumir que nunca más nos volveremos a ver, que ayer hizo un año de la que iba a ser nuestra primera cita en la fiesta de fin de año, pero que tú nunca has podido llegar a mí porque un maldito camión te ha arrollado justo cuando abriste la puerta para encontrarte conmigo. Vuelve el dolor al recordarte. Vuelven las lágrimas al encontrarme de nuevo con la realidad, preferiría no haber soñado contigo, no seguir en tu búsqueda, no querer verte por última vez. Prefiero recordarte en la máquina del café, aquel primer azucarillo compartido. Nunca me voy a perdonar el no poder saber que sería de nosotros un año después de aquella última vez que te vi, lo único que me consuela es seguir soñando con el azul de tus ojos, con tu aroma inconfundible, con nuestros post-its, con nuestra historia vivida a nuestra manera con nuestros cuerpos como únicos protagonistas; seguiré soñando con ello aunque sea desde mi sofá de piel negro de dos plazas

conservando tu último post-it entre mis manos
escrito por ti y dirigido a mí con únicamente dos
palabras: Te quiero.